

Forey pronunció un deplorable discurso referente á México. Olvidándose de que un soldado no debe insultar á aquéllos ha quienes ha vencido, trató á los valientes generales que le habían resistido, González Ortega, Porfirio Díaz y demás, de bandidos y de hombres sin honor. No obstante, tuvo el valor de decir la verdad de la situación, y haciéndose eco de los informes que sus antiguos oficiales le enviaban de México, en medio de una multitud que no hablaba más que de evacuación y de disminución de efectivos, afirmó que, si queríamos terminar nuestra obra, no era en la evacuación en lo que debíamos pensar, sino en el envío de nuevas tropas y en nuevos sacrificios de dinero (10 de febrero de 1866).



CAPITULO VIII.

La evacuación de México

I

Si la evacuación de Roma abría hacia el porvenir inquietantes perspectivas, sin ofrecer dificultades en el presente, en éste, sobre todo, ofrecía dificultades la de México. El deseo del emperador de dar fin á una expedición temerariamente emprendida, flojamente dirigida y que no le proporcionaba sino disgustos, se había convertido en una impaciencia febril, y hostigaba á Bazaine con instrucciones insuficientemente explícitas. El 15 de enero de 1866 le había comunicado su resolución de que se retirara, dándole los más amplios poderes; el 16 le escribía: «Estando decidida en principio la evacuación, es preciso que se verifique de manera que sea lo menos perjudicial posible para el gobierno de Maximiliano, á quien deseo sostener mientras pueda. Es necesario que, hasta la partida de las tropas, toméis resueltamente, vos y el Sr. Langlais, la dirección de los negocios, es decir, del ejército y de la hacienda pública; porque es necesario, para que el imperio pueda sostenerse, que la hacienda y la fuerza armada estén organizadas de manera de ofrecer un apoyo seguro (!!)..... Quisiera que la legión extranjera alcanzara un efectivo de quince mil hombres, disolviendo las tropas auxiliares austriacas y belgas é incorporando los soldados y cuadros que escojáis á aquella legión, que será pagada por el tesoro francés hasta el día de la evacuación completa. Las tropas mexicanas deberán quedar reducidas á un minimum y reorganizadas con cuadros franceses si se encuentran suficientes voluntarios para ello. Redu-

cidos así los gastos, las aduana más importantes deberán ser entregadas á la administración francesa. Para aumentar los ingresos, será preciso devolver al clero sus bienes que no hayan sido enajenados y aquéllos que lo hayan sido fraudulentamente, abandonando al gobierno una parte de los bienes restituídos. Pero otra medida simplificará más las cosas: volver al sistema federal, dividiendo á México en ocho ó diez Estados, cada cual con su representación propia y ligados todos con el centro con lazos bastantes débiles. Así conservará el emperador las aduanas, el ejército, la política extranjera pero quedará exonerado de la administración de los Estados, y habrá creado, en el centro de ese vasto país, un foco de civilización que irradiará hacia los extremos. Para asegurar el reembolso de lo que hemos adelantado y el interés de los empréstitos, conservaremos largo tiempo aún la administración de las aduanas, la mitad de cuyos productos se nos abonará. Sería ventajoso dejar todavía durante varios años algunos miles de hombres cerca de Veracruz, de Tampico y otros puertos. El Sr. Langlais comunicará al emperador mis instrucciones, que pueden resumirse así: regresar lo más pronto posible, pero hacer antes todo lo que dependa de nosotros para que la obra que hemos fundado no quede destruída al día siguiente de nuestra retirada».

Con la misma fecha, Fould completó estas instrucciones: «La cuenta abierta al gobierno mexicano en los libros de nuestro tesoro queda cerrada; es decir, que ya no se suministrarán fondos para el pago de haberes, ni para el sostenimiento del ejército mexicano, ni para proveerlo de víveres y armamento. Esos gastos deberá hacerlos directamente el gobierno de México en todos los lugares del territorio».

Y para ayudarle á soportar esas cargas se pedía á ese gobierno que renunciara á la parte más segura de sus ingresos, al producto de las aduanas! Tales órdenes equivalían á decir: «Le cortaréis la cabeza á Maximiliano matándole lo menos posible». Porque, en efecto, la idea de volver al sistema federal, debida, según parece, á Persigny, habría significado la ruina irremediable del imperio, puesto que ese sistema constituía la esencia del gobierno de Juárez; y era todavía más imposible desautorizar la liquidación, ya terminada, de los bienes del clero.

II

El anuncio de la evacuación fué seguido de acontecimientos que demostraron la necesidad de la ocupación en los momentos en que iba á cesar.

El comandante Briant había partido de Parras la noche del 28 de febrero de 1866 con trescientos infantes y un centenar de jinetes, para atacar á los liberales, que se habían hecho fuertes en el rancho de Santa Isabel, detrás de unas paredes de adobe protegidas por dos cañones. A las cuatro de la mañana se lanzó al ataque, seguido por una compañía; pero fué aniquilado, y el resto de su destacamento lo fué igualmente al intentar socorrerle. Sólo sobrevivieron algunos jinetes mexicanos, que, huyendo á carrerra abierta, fueron á Parras á anunciar el desastre. Pocos días después, en el camino de México á Veracruz, la misión belga encargada por Leopoldo II de notificar á su hermana, la emperatriz Carlota, su advenimiento al trono, fué atacada en las alturas de Río Frío por diez bandidos que hirieron á cuatro de los viajeros.

Al recibir las instrucciones de Napoleón del 16 de febrero, Bazaine indicó que las relativas á los bienes del clero y al establecimiento del sistema federal eran irrealizables, y se ocupó en ejecutar las otras. Obtuvo de Maximiliano que redujera su lista civil á seiscientos mil pesos, realizó otras reformas y tapó el gran agujero que querían hacer en la hacienda mexicana los tenedores de los bonos Jecker. Por último, preparó, aunque sólo por escrito, la organización de la legión extranjera. Maximiliano adoptó el proyecto con modificaciones, nombrando jefe de ella al Gral. Neigre, y Bazaine escribió al emperador Napoleón: «Sólo la situación de la hacienda pública obscurece, á mi juicio, el porvenir de este país.» De todas estas organizaciones y reorganizaciones desconfiaba Maximiliano. Mientras más avanzaban, más sentía la necesidad de la ocupación francesa, su única salvación. Envió primeramente á Paris á Almonte, que era «lo mejor que había en México» según decía; después, al comandante Loysel, su antiguo jefe de gabinete, encargándoles á ambos que pidieran la prolongación indefinida de la ocupación y una

atenuación del tratado de Miramar. Manifestaba, además, su voluntad de dar á oficiales franceses preponderancia en su gobierno y de apresurar la organización de la legión extranjera, y creó batallones escogidos llamados *cazadores*.

Pero paralizaba estas reformas la falta de dinero. Las tropas vivían en medio de privaciones, consumiendo los exiguos recursos de las localidades, ó imponiendo préstamos forzosos, ó contrayendo deudas. Nada producían los nuevos impuestos. La muerte de Langlais (febrero de 1865), cuya capacidad inspiraba confianza, había aumentado la confusión. La bancarrota era inminente. Ya, en febrero, Bazaine había ordenado que el tesoro del ejército francés entregara al gobierno mexicano catorce millones, y había recibido por ello censuras llegadas de París. Sin embargo, en su creciente miseria, Maximiliano convocó á un consejo privado á sus ministros, al mariscal y á Dano, sucesor de Langlais.

«Expuso, escribió Bazaine á Napoleón, que era imposible para su gobierno seguir administrando, si Francia no le ayudaba pecuniariamente durante algunos meses, dándole tiempo para poner en práctica la nueva organización hacendaria; que se vería obligado á recurrir á medios contrarios á los intereses franceses; como, por ejemplo, conceder á los americanos el tránsito por el istmo de Tehuantepec, aceptando proposiciones que á ese respecto se le habían hecho; y que, finalmente, tendría forzosamente que adoptar una política que podría acarrear complicaciones de que no quedaríamos satisfechos. No fuí engañado ni atemorizado por este lenguaje violento, y sólo cedí convencido de que era necesario ayudarle, pero á costa del menor sacrificio posible. Opinaron como yo Dano y Maintenant y quedó decidido que un subsidio mensual de cincuenta mil pesos, en lugar de ochocientos mil que pedía, le sería suministrado por el pagador en jefe hasta nueva orden de V. M.» Esta concesión de Bazaine permitió vivir aún y continuar los interminables proyectos de reorganización del ejército. El menor defecto de éste era componerse de la hez de la población: servir al imperio era considerado como cosa poco honrosa. Maximiliano quiso dignificar al ejército, reclutándolo por medio del sorteo. Pero se preparaba á dictar esas medidas, cuando, con la violencia y causando el pavor del rayo, llegó el *Mo-*

onitor Oficial del 5 de abril, en el cual se fijaban las fechas de la evacuación.

Habiendo Bazaine aconsejado á Napoleón III (10 de mayo de 1866) que arreglara la evacuación «sin cuidarse de Maximiliano y sin entenderse con él, en tres escalones poco más ó menos iguales: el primero en noviembre de 1866, el segundo en marzo y el tercero en diciembre de 1867», el emperador había adoptado ese plan y hecho anunciar la evacuación en el *Monitor* en los términos en que Bazaine la había propuesto. Autorizó también á éste para regresar á Francia «trasmitiendo el mando al Gral. Douay, quien se encargaría de emplear los dieciocho meses que quedaban, en organizar de la mejor manera posible los contingentes extranjeros y el ejército mexicano»; y decía además al mariscal, en la carta en que le daba tal autorización: «Os repito con insistencia que es preciso, tanto para vuestra gloria como para la mía, proceder de manera que, después de la partida de nuestras tropas, el gobierno del emperador pueda mantenerse y vivir con sus propias fuerzas. No necesito decir os cuán dichoso me sentiré de veros y de manifestaros de viva voz toda mi gratitud por vuestra conducta en México» (12 de abril de 1866).

El ministro de Guerra, Randon, dió mayor precisión á la orden imperial: «El emperador os autoriza para regresar á Francia con la división que inicie el movimiento. Hasta podéis, si lo juzgáis oportuno, apresurar vuestra partida, y para daros completa libertad de acción, os envió la comunicación que confiere al Gral. Douay el mando de las tropas. Dicha comunicación no está fechada; fechadla vos mismo cuando decidáis abandonar á México. No creo necesario añadir, mi querido mariscal, que el emperador, siempre satisfecho de vuestros servicios, os reserva en Francia una posición que estará en consonancia con el rango que ocupáis en el ejército, y que será la merecida recompensa de lo que habéis hecho en México.»

III

Los Estados Unidos habían sido los primeros en recibir tales noticias. Su gobierno se irritó por la indicación de los esca-

nes sucesivos. Seward creyó que era deber suyo no dejar ignorar que ese prolongamiento de la intervención, aun dentro de un período limitado, era visto con inquietud por la masa del pueblo americano y acaso hasta por su gobierno: «Habiendo Francia resuelto retirar sus tropas en un plazo de dieciocho meses, no me parece fuera de probabilidad que encuentre conveniente y compatible con sus intereses abreviar ese plazo. Entretanto, el gobierno americano, aunque ello no esté del todo conforme con sus sentimientos y sus costumbres nacionales, sostendrá en pie un ejército de observación en la margen septentrional del río Bravo» (1). Drouyn de Lhuys contestó dignamente: «El gabinete de Washington no espera sin duda que le hagamos más declaraciones que las que le hemos hecho espontáneamente. Las consideraciones del Sr. Seward no podrían ejercer influencia alguna para modificar los plazos y las condiciones del regreso de nuestras tropas, del cual sólo puede juzgar el gobierno del emperador. Si al gobierno federal le viene sostener al norte del río Bravo un cuerpo de observación, no tenemos que discutir la oportunidad de esa medida, por más que á nosotros nos parezca inútil y él mismo la encuentre desusada» (2).

En México, la confirmación oficial de la evacuación, que se preveía sin estar seguro de ella, produjo un efecto más violento que en los Estados Unidos: se llegó al pánico. Se vió por tierra al imperio; comenzaron las defecciones; las bandas republicanas engrosaron y pareció tan inminente la catástrofe, que los buitres salieron de sus nidos para distribuirse los trozos del cadáver. Santa Anna fué á Nueva York en busca del apoyo de los Estados Unidos; González Ortega, que, en su calidad de presidente de la Suprema Corte, pretendía ser el presidente legal desde la expiración de los poderes de Juárez, preparó un pequeño ejército. Por todas partes la anarquía, la confusión, la incertidumbre, la ansiedad!

A Bazaine no le contrarió su llamamiento. Aunque no podía desear que se interrumpiera la brillante existencia casi regia que llevaba en México, y de la cual gozaba sobre todo su joven esposa, contestó al emperador: «Me siento muy feliz de que V.

1 25 de abril de 1866.—NOTA DEL AUTOR.
2 7 de junio de 1866.—NOTA DEL AUTOR.

M. tenga á bien llamarme á Francia; me embarcaré con el primer escalón en el transcurso de octubre. Las expresiones tan afectuosas de V. M. han hecho palpitar mi corazón, cuya gratitud sólo se apagará con el último latido. La política agresiva de los Estados Unidos, especialmente en estos últimos días, no dejará de ocasionar complicaciones graves á este pobre país, cuando sólo cuente con sus propias fuerzas: es ése el único peligro formal para este joven imperio». Algunos días antes, el único peligro serio era la hacienda pública! Pero no señalaba el único verdadero peligro: la rebelión popular, rebelión que aumentaba á tal grado, que él mismo, renunciando á luchar contra ella, ya no le disputaba el país y sólo pensaba en apercibirse contra un ataque posible de los americanos, asegurando el regreso de sus tropas, concentradas en ciertas grandes líneas de operación.

Maximiliano se quejó de esta estrategia para preparar su abandono, é instó al mariscal, por medio de una carta tan imperativa como si fuese escrita á uno de sus generales, «para que tuviera la bondad, como jefe de su ejército, de dar sus órdenes para que Chihuahua fuese tomada de nuevo, para que Juárez saliera de ahí y quitar todo pretexto á la intervención americana. Aunque estas órdenes fuesen contrarias á su plan, Bazaine accedió á darlas. El comandante Billot, enviado á Chihuahua, hizo que Juárez volviese á dirigirse á Paso del Norte; dejó establecida en la ciudad fuerza suficiente para rechazar cualquier movimiento ofensivo, y se retiró dejando ahí mil doscientos mexicanos. Pero estos imperialistas no supieron defenderse: fueron derrotados; la ciudad volvió á caer en manos de los juaristas, y Bazaine se negó á emprender de nuevo una expedición inútil. «No es la presencia de Juárez en Chihuahua, contestó á Maximiliano, la que le proporciona el apoyo de los americanos: es la aversión que éstos sienten contra el imperio establecido á sus puertas» El gobierno francés aprobó la conducta del mariscal.

En el norte, las cosas iban de mal en peor. La situación de Mejía en Matamoros se había vuelto deplorable: la ciudad, agotada por los impuestos y no teniendo los recursos de la aduana, no podía bastarse para el mantenimiento del cuerpo de ocupación; los soldados desertaban en masa, y los que quedaban eran pobres diablos extenuados física y moralmente. Por

orden de Douay, Mejía había enviado á Olvera, con una columna austro-mexicana, al encuentro de un convoy de víveres que llegaba de Monterrey. El vigilante jefe del ejército republicano, Escobedo, sorprendió á dicha columna: los austriacos resistieron heroicamente; pero sus auxiliares los mexicanos gritaron en medio del combate: ¡Viva la Libertad! y les obligaron á rendir las armas. Matamoros, rodeado por cinco mil enemigos, defendido por algunos centenares de combatientes, capituló á instancias de sus habitantes, que no querían verse expuestos á los horrores de un sitio (23 de junio). Mejía y su pequeña tropa salieron de la ciudad con armas y bagajes.

Esta pérdida de una plaza importante disminuía los exiguos recursos de Maximiliano y daba á los republicanos una base de operaciones que les ponía en comunicación segura y fácil con los Estados Unidos. Ella ocasionó el levantamiento de toda la costa hasta los alrededores de Veracruz, y Monterrey fué amenazado. Pero el efecto moral fué más considerable que el éxito material. Por todo el territorio se propagó el *Sálvese quien pueda*. La guarnición de Parras, que había permanecido fiel después del desastre de Briant, se pasó al enemigo, y hasta en el ejército francés hubo deserciones.

IV

El 26 de junio de 1866 el correo llevó á Maximiliano un nuevo desengaño: el fracaso de la misión de Almonte. Este había visto á Napoleón III y luego á Drouyn de Lhuys, sin obtener nada de ellos, y sólo después de varios días de espera, en que había parecido que se le olvidaba, había recibido, en contestación á sus demandas, una nota dura en que los reproches iban seguidos de inexorables negativas: «El gobierno francés tiene la pena de sentirse obligado á manifestar la sorpresa que le han causado tales comunicaciones. Francia ha cumplido hasta con exceso los compromisos que contrajo, sin haber recibido más que de manera incompleta las compensaciones que se le habían prometido. El gobierno francés ha facilitado la conclusión de empréstitos que debían sacar de em-

barazos al tesoro mexicano, y sin embargo, los gravámenes que hemos aceptado sólo han sido compensados con saldos ilusorios de cuentas. Hemos dado consejos amistosos; pero la resistencia sistemática de los consejeros de S. M. el emperador Maximiliano, se manifiesta en todo lo que se refiere á los intereses de Francia. Para qué recordar cuántos esfuerzos ha sido necesario hacer para lograr una insuficiente reparación de los daños y perjuicios sufridos por nuestros nacionales, mientras se han satisfecho sin discusión las reclamaciones inglesas, encontrando recursos para pagar, sin demora y al contado, créditos dudosos y no exigibles. Después de haber, en todas las circunstancias, señalado al gobierno mexicano la necesidad de proveer por sí mismo á su propia conservación y de haberle varias veces declarado que el concurso que le prestábamos, sólo lo tendría mientras cumpliera estrictamente con los compromisos correlativos contraídos con nosotros, hemos hecho que se expongan las imperiosas consideraciones que nos impiden pedir á Francia nuevos sacrificios y nos deciden á llamar á nuestras tropas. El emperador Napoleón ha lamentado encontrar formuladas, en el proyecto de tratado sometido á su gobierno, proposiciones que ya hemos rechazado varias veces, alegando para ello poderosas razones. Después de tantas explicaciones francas, completas y leales del gobierno francés, es penoso tener que darse cuenta de la persistencia de las ilusiones que inspiraron ese proyecto. Es imposible aceptar, ni poner siquiera á discusión, las proposiciones traídas por el Gral. Almonte. Será preciso consentir en una nueva convención» (31 de mayo de 1866).

Esta convención nueva consistía en dedicar al pago de los gastos corrientes y de las deudas anteriores, la mitad del producto de las aduanas, ya gravado con el 24 p^o que se le tomaba para el pago de las reclamaciones inglesas, y recientemente disminuído por la pérdida de Matamoros. «Si esta combinación era aceptada por Maximiliano, los plazos fijados para la retirada sucesiva de las tropas serían mantenidos, y el mariscal debía, de acuerdo con el emperador, dictar las medidas necesarias para que la evacuación se efectuara en las condiciones más favorables para la conservación del orden y la consolidación del poder imperial. Si, al contrario, nuestras proposiciones eran rechazadas, considerándonos libres de todo compro-

miso, ordenaríamos al mariscal que procediera con toda la diligencia posible á la evacuación de México por nuestras tropas, sin tener en cuenta más que las conveniencias militares y las consideraciones técnicas, que quedaban sujetas á su criterio.» Este ultimátum iba acompañado de una carta del mariscal Randon á Bazaine, en que le notificaba que el ministro de Hacienda le prohibía que accediese á la solicitud de anticipos de dinero. Además, en previsión de las resoluciones extremas que podía tomar Maximiliano, se autorizaba al mariscal para que aplazara su regreso.

Se ponía, pues, á Maximiliano en la imposibilidad de sostenerse: *se le cortaban los víveres*, como se dice vulgarmente. Eso equivalía á decirle de una manera bastante clara: «Nos habéis colmado la medida. Abdicad!» Tal fué, en efecto, su primera idea, la cual fué aprobada vivamente por un joven oficial de la marina francesa, que estaba á su servicio. Leoneio Détroyat, inteligencia clara y corazón fogoso, le escribió: «No es ya posible forjarse ilusiones: la caída de V. M. está prevista y resuelta. Quedaréis abandonado. Es mil veces preferible caer dignamente. Abdicad!» La emperatriz Carlota no dejó que prevaleciera en su espíritu este sabio consejo.

La infeliz mujer había perdido la felicidad doméstica en su nuevo imperio: su marido la abandonaba y se decía por todas partes que de sus frecuentes estadas en Cuernavaca, en momentos en que su presencia en México era requerida por los negocios públicos, podía mejor que nadie dar la explicación una joven mexicana, de la cual acababa de tener un hijo. Herida también en su ambición, la emperatriz veía, con esa intuición de la mujer superior, que, apenas partieran de México los franceses, la corona que tanto había deseado se rompería en mil pedazos, y que el príncipe á quien había tan imperiosamente forzado á aceptarla, se hundiría en el abismo de una catástrofe final. Vivía solitaria y ahogando en un silencio hurafío las aprensiones y los dolores que la torturaban, y se la veía pasar por las fiestas de la corte como una sombra trágica, que sólo desarraigaba el ceño adusto para derramar favores y beneficios. «Es imposible, dijo á su esposo, que el emperador Napoleón nos abandone y se abandone á sí mismo faltando á su palabra. Todos esos protocolos diplomáticos son fríos y no persuaden.

Yo iré, le hablaré, le expondré la verdad que se le oculta, y como tiene un corazón generoso, me escuchará».

La noble mujer partió el 9 de julio de 1866. Se había tropezado desde luego con la dificultad de encontrar dinero para el viaje: se tomaron sesenta mil pesos de los fondos destinados á proteger á México en caso de inundación. En Puebla, despertó á media noche y pidió que la llevaran á visitar al subprefecto. En Veracruz, no habiendo encontrado en el muelle más que un bote francés, se negó á embarcarse en él y sólo accedió á hacerlo cuando nuestro pabellón fué reemplazado con el mexicano.

El viernes 13 de julio subió al paquebot *Emperatriz Eugenia*. Llevaba, para presentárselo á Napoleón III, un largo memorial redactado por el mismo Maximiliano. Ese memorial podía resumirse así. «Me he prestado á todo lo que el gobierno francés ha exigido de mí; he dado plenos poderes á los agentes hacendarios que me ha indicado; he encargado al mariscal de la reorganización de un ejército. Si, pues, la pacificación del país, sin la cual toda reforma es imposible, no se ha realizado, hay que atribuirlo á la negligencia del mariscal, quien, por su inacción durante un año, ha acabado por dejar que los disidentes se hagan dueños de la mitad del país, lo cual habría podido evitar aplicando medios de acción rápidos y resueltos» (1).

V

Bazaine había salido de México (2 de julio de 1866) y unídose al ejército del norte con una brigada de dos escuadrones de cazadores y una batería. Iba á inspeccionar las regiones más amenazadas por los Estados Unidos y á dictar las últimas disposiciones para el regreso del cuerpo expedicionario.

Maximiliano, irritado y enfermo, no le recibió antes de partir. No fué ése sino un acceso pasajero de mal humor. Ya fuese para facilitar las tentativas de la emperatriz en la capital de Francia, ya fuese para dificultar nuestra retirada comprome-

Véase Niox, pag. 380.—NOTA DEL AUTOR.

tiéndonos más, su política volvióse más afrancesada. Sin el consentimiento del mariscal, nombró al intendente general Friant ministro de hacienda y al Gral. Osmont ministro de guerra (26 de julio), permitiéndoles que consevaran sus cargos en nuestro ejército. Llevó su condescendencia hasta firmar la convención referente á las aduanas, á la cual se había resistido porque la consideraba como la ruina definitiva de su hacienda. Cedió al gobierno francés la mitad de los productos de las aduanas marítimas y aceptó que fuesen administradas por agentes franceses (30 de julio), dejando á Napoleón que fijara la época en que debía esa cesión surtir sus efectos.

Las disposiciones militares que dictaba Bazaine no correspondían, sin embargo, á sus concesiones, y eso le inquietaba. El mariscal había ordenado que todas las tropas se replegaran, que Durango fuese abandonado y evacuados Monterrey (26 julio) y Saltillo (5 de agosto) y después Tampico (7 de agosto). Mejía se había rehusado á dirigirse á este puerto porque ahí reinaba el vómito; la plaza entre cuyos defensores se contaban doscientos hombres de la contra-guerrilla, fué entregada por los mexicanos, y los doscientos franceses apenas tuvieron tiempo de refugiarse en el fuerte, de donde fué á sacarles el comandante Cloué. La pérdida de Tampico era un terrible golpe para la causa imperial, porque le quitaba una parte importante de recursos y daba á los republicanos una posición estratégica excelente, desde la cual amenazaban á la vez los Estados de México, de Puebla y de Veracruz.

Este retroceso, seguido del abandono de tantas plazas principales, envalentonó á los republicanos: ocupaban las ciudades abandonadas, ejercían requisiciones y represalias, perseguían á las tropas francesas luego que las sabían disminuídas, aunque dispersándose luego que las veían fortificadas. Filibusteros americanos, pasando la frontera, les llevaban armas, municiones, arneses, refuerzos; las tropas auxiliares mexicanas se les pasaban en medio del combate; las austriacas se negaban á obedecer á los oficiales mexicanos y las belgas á los franceses. Cundía por todas partes la desertión.

No se trataba ya de *pacificar á México antes de nuestra partida*, como lo había recomendado Napoleón III. Bazaine, á pesar de esas extrañas recomendaciones, no se ocupaba sino en concentrar su ejército para asegurar su regreso. Ordenó, en términos

severos, á sus jefes, dispersos por distintos rumbos, que no hicieran ningún movimiento importante sin su orden y que no dividieran su efectivo en columnas ni se retiraran de las grandes líneas de operación.

A cada paso hacia atrás que daban nuestras tropas, Maximiliano dirigía reproches y quejas al mariscal. Después de la caída de Tampico, su carta terminaba simplemente con la *expresión de su benevolencia*, y en ella le exigía que le comunicara sus planes. El mariscal se los expuso sin reticencias: iba á establecer más acá de Monterrey y Saltillo una línea fuerte, fácil de defender, separada de la antigua por un verdadero desierto en que los enemigos no podrían encontrar recurso alguno. Eso equivalía á una negativa de recobrar lo perdido y á una confirmación del movimiento de retirada.

El mariscal rechazó también otra proposición insidiosa de Maximiliano. Este, bajo pretexto de desplegar la energía que tanto se le había aconsejado, había declarado en estado de sitio algunas porciones del territorio y preguntado á Bazaine que pensaba de la opinión de sus ministros, que querían hacer extensiva esa medida á todo el territorio. Como el estado de sitio transmitía todos los poderes á las autoridades militares, el mariscal se habría así encontrado investido de la dictadura y eso habría unido nuestra suerte á la de Maximiliano. Bazaine vió el peligro y se apartó de él por medio de una carta notable: «El estado de guerra, dijo, suministra todas las facilidades suficientes para una acción eficaz, si en lugar de expedir decretos, se toma la resolución de obrar. Por lo demás, no conviene que pese sobre el ejército francés, en los momentos en que va á retirarse, la odiosidad consiguiente á los rigores inevitables del estado de sitio» (10 de agosto).

Maximiliano, abandonado por los liberales y por los franceses, tomó entonces una determinación imprevista: se volvió hacia aquel partido conservador-clerical que le había llamado, del cual se había separado y que era el único que en esos momentos de angustia estaba dispuesto á unir su suerte á la suya. Llamó al ministerio á Lares (amigo de Monseñor Labastida), que se rodeó de clericales perfectamente reconocidos, y nombró su secretario particular al Padre Fischer, que había vuelto de Roma, adonde había ido á negociar un concordato (15 de septiembre de 1866).

Todo el mundo conviene en que el Padre Fischer era un hombre de una inteligencia notable y de una inmoralidad igual á su inteligencia. Alemán de origen, llegado á México como colono, había sido sucesivamente pasante de notario, buscador de oro y, finalmente, convertido, secretario del obispo de Durango; lo cual no le había impedido robarse á una mujer casada ni escaparse con la criada de su obispo. Pero santo es todo lo que hacen los santos: el ardor político del Padre Fischer hizo olvidar sus *travesuras* y, recomendado por respetables personajes, se presentó á Maximiliano, cuya confianza supo captarse.

Mas con el gabinete clerical, lo mismo que con el ministerio liberal, las arcas del erario permanecían vacías. Un impuesto de 15 p 8 sobre los bienes del clero nacionalizados, había sido decretado; el reclutamiento no daba resultados por medio del sorteo y había sido preciso recurrir de nuevo á la leva, contando así únicamente con soldados que era preciso vigilar de día y de noche, lo mismo en el cuartel que durante el combate. Se les alimentaba casi exclusivamente con café y azúcar, á causa del bajo precio de ambas mercancías, y cuando se quejaban se le suministraba trescientos varazos. Esta operación se efectuaba acostando al delincuente en medio de un cuadro formado por un batallón, y los cabos, uno después de otro, le aplicaban el castigo mientras la banda tocaba y los tambores y clarines metían el mayor ruido posible para ahogar sus gritos.

VI

Esta «agonía en lo imposible», que decía Bazaine, no podía prolongarse más tiempo. Una sola y última esperanza quedaba: la misión de la emperatriz. Pero Maximiliano, el 3 de octubre, supo que había fracasado, por una carta de Napoleón III: «Mi señor hermano: He recibido con gusto á la emperatriz Carlota, y sin embargo, me ha sido muy penoso no poder acceder á sus solicitudes. Llegamos á un momento decisivo en los asuntos de México y es preciso que V. M. tome una resolución heroica: ha pasado la época de las medias tintas. Comienzo por declarar á V. M. que desde hoy me es imposible dar á México ni

un escudo ni un hombre más. Sentado esto, trátase de saber cuál será la conducta de V. M. ¿Podrá sostenerse con sus propias fuerzas ó se verá obligado á abdicar? En el primer caso, mis tropas permanecerán, como está convenido, hasta 1867; en el segundo, será preciso tomar otras medidas. V. M. debería redactar un manifiesto en el que explicara la noble ambición que le movió á aceptar el mandato ofrecido por una gran parte del pueblo mexicano, señalando en seguida los obstáculos insuperables que le obligan á renunciar á la empresa. Si tal hicierais, sería necesario que aprovecharais la presencia del ejército francés para convocar una representación nacional y hacer que ésta eligiera un gobierno que prestara garantías de estabilidad. V. M. debe comprender cuán penoso me es entrar en semejantes detalles, pero ya no podemos forjarnos ilusiones: es preciso de todo punto que la cuestión mexicana, en lo que se refiere á Francia, quede definitivamente resuelta. Ruego á V. M. crea que haré siempre lo que de mí dependa para darle pruebas de la ardiente simpatía que me inspira, y para suavizar los pesares que tienen necesariamente que afligirle en estos momentos difíciles. Renuevo, pues, á V. M. la expresión de mi alta estima y sincera amistad etc., etc.» (20 de agosto de 1866).

Otra carta del mismo día, del emperador Napoleón, aclaraba á Bazaine la significación de la dirigida á Maximiliano, en términos aún más precisos: «Es necesario que Maximiliano se sostenga por sí mismo, sin más apoyo que el de la porción del ejército nuestro que permanecerá hasta 1867, ó que abdique, y entonces nuestras tropas regresarán todas en febrero». Eso era lo que había obtenido la emperatriz Carlota!

Al desembarcar en San Nazario (14 de agosto), la emperatriz no había encontrado en el muelle á ningún personaje oficial, porque los que habían sido comisionados para recibirla se habían equivocado y la esperaban en otro lugar. En París, en vez de alojarla en las Tullerías, se la había preparado un departamento en el Gran Hotel. La emperatriz Eugenia primeramente, y después Drouyn de Lhuys, la habían visitado desde luego, pero había tenido que esperar muchos días para que el emperador, que estaba en Saint Cloud, enfermo, la recibiera. Habíale entregado al fin su memorial, mostrándose insinuante, suplicante, y amenazante por último.—«Abdicaremos!» había exclamado, creyendo asustar así al emperador.—«Abdicad!», había éste con-

testado fríamente. Entonces había comprendido que nada tenía que esperar. De París se había dirigido á Roma, con objeto de obtener del papa el concordato que debía reconciliar á Maximiliano con el clero de México; y ahí, en el Vaticano, había perdido la razón y abismádose en la incurable demencia en que debía desde entonces vegetar.

Sin esperar siquiera las resoluciones que tomara Maximiliano bajo la impresión del fracaso de su mujer, Napoleón III, al recibir la noticia de la pérdida de Tampico, envió la orden de suspender los embarques parciales del ejército, que habían comenzado, decidiendo que el regreso se efectuara en junto en la primavera de 1867. La evacuación escalonada propuesta por Bazaine habría sido practicable si se hubiese podido dejar un fuerte ejército nacional en el país, pacificado; pero en las condiciones en que estaba México, evacuarlo de ese modo habría sido una temeridad desastrosa. Un regimiento, que se había ya embarcado, regresó á tierra, cesó todo embarque parcial y Bazaine recibió orden de permanecer en México hasta que viera partir al último soldado. Fuéle notificada, además, la severa censura, inserta en el *Monitor Oficial* del 14 de septiembre de 1866, á que había dado margen la entrada en el ministerio mexicano de Osmont y de Friant y la orden que se les había dado de renunciar inmediatamente sus carteras. Era ésa una gran pérdida para el gobierno mexicano, al que habían ya prestado notables servicios aquellos dos oficiales inteligentes y activos.

VII

Los americanos, que habían considerado como perjudicial para sus buenas relaciones con Francia la presencia de los dos oficiales franceses en el gabinete mexicano, vieron con disgusto que se retardara hasta la primavera de 1867 la evacuación que debía comenzar en octubre de 1866. Su ministro Bigelow no se contentó con interrogar á Moustier (1), sino que se dirigió al mis-

1 En octubre de 1866, el marqués de Moustier se había hecho cargo de la cartera de Relaciones Extranjeras, que había sido renunciada en agosto por Drouyn de Lhuys, quien había sido reemplazado interinamente por La Valette.—NOTA DEL TRADUCTOR.

mo Napoleón. Este le aseguró que no había en modo alguno renunciado á retirar sus tropas, que sus últimas disposiciones habían sido dictadas por consideraciones exclusivamente militares, y que si acaso se había omitido comunicar todo eso al presidente de los Estados Unidos, había sido porque tal resolución la había tomado Napoleón estando ausente su ministro de Relaciones Extranjeras, pero que la nota dirigida á Bazaine estaba redactada con toda claridad, para que su contenido fuera conocido desde luego en Washington; y añadió que había aconsejado á Maximiliano que abdicara y que acababa de enviar á México á su ayuda de campo el Gral. Castelnau para que le convenciese de que era necesaria tal abdicación (2).

Bigelow ya no dudó de que el emperador obrara de buena fe, ni de que su consejo diera por resultado inmediato la abdicación, porque «semejante consejo, decía, dada la situación subalterna de Maximiliano, equivale á una orden» (8 de noviembre de 1866). Con la misma convicción, el presidente Johnson acreditó á Campbell y á Sherman cerca de Juárez, ordenándoles que se dirigieran á Chihuahua ó á la ciudad en que residiera. Inviéstóseles de plenos poderes para interponer sus buenos oficios y conferenciar con los partidos ó sus agentes, prohibiéndoles sólo que estipularan algo con los comandantes franceses, ni con Maximiliano, ni con quien quiera que contrarrestara á la administración del presidente de México. Por lo demás, los ojos de los americanos no estaban vueltos solamente del lado de Francia. Habiéndose sabido en Washington que un cuerpo de voluntarios se organizaba en Trieste para ir á México, notificaron al gobierno austriaco que si ese cuerpo no era licenciado, llamarían á su embajador. Y los voluntarios fueron licenciados.

2 Entre los documentos sometidos al Congreso americano se incluyó una nota del 23 de noviembre de 1866 muy dura é inaceptable para nuestra dignidad. Moustier escribió á Bertemy con fecha 27 de diciembre de 1866: «Esa nota no había sido enviada para que nos fuese comunicada y no lo fué; por eso no tuvimos ocasión de refutar sus argumentos poco equitativos en el fondo y poco comedidos en la forma, lo cual nos habría sido muy fácil» —NOTA DEL AUTOR.